

II. Las fuentes del *Guero* de Axular⁵

Sabido es que el tema de las fuentes del *Guero*, el libro reputado como la obra maestra del vascuence y, a la vez, el primero —en Burdeos y en 1643— impreso en esta lengua (pues la peregrina miscelánea del Rabelais vasco, Bernardum Dechepare, de 1545, y los que le siguen hasta la citada fecha son obra menor) suscitó las interrogantes de Schuchardt y alguna pesquisa. En el folleto «Una fuente del *Guero*» (Saint Jean de Luz 1912), Julio de Urquijo se creyó obligado, casi a su pesar, a publicar su descubrimiento, y reprodujo a doble columna unos fragmentos del *Guero* y otros de la *Guía de pecadores* y del *Memorial de la vida cristiana* de Fray Luis de Granada, en los que la «imitación» parece patente; y sin duda así es. Pero valiéndome de la primera y reciente versión castellana —edición bilingüe— del *Guero* realizada por Fray Luis de Villasante (Barcelona 1964), puedo señalar otras coincidencias.

El largo fragmento cotejado por Urquijo (pp. 12 y 13 de su folleto y capítulo LVIII del libro) trata de los que están sin remisión en el infierno y se centra en la invocación a Abraham por parte de un condenado. Pues bien, la misma invocación consta en el tratado de Segni (libro III, capítulo III) y en el de Alonsótegui (p. 175), quienes, por cierto, no dejan igualmente de precisar que la invocación procede, a su vez, de un pasaje de San Lucas (Evangelio, 16, 23). Pero es más, el pasaje es dos veces mencionado por Segni (capítulo citado y capítulo VI) e igualmente dos veces por Axular (pp. 739 y 755). Y sin más que hojear las páginas contiguas, saltan a la vista nuevas coincidencias: en la alusión a un texto de Isaías (capítulo III y p. 751 respectivamente); otra al propio Isaías en Alonsótegui y Axular (pp. 184 y 757) con análogo comentario; y aun otra del Salmo (84, 15) en Segni (capítulo XI), Alonsótegui (p. 181) y Axular (p. 749) también con análogo comentario. Y, a seguido, en los tres, una misma cita del Apocalipsis.

Sin embargo, y según en la recensión al libro de Alonsótegui dejo arriba expresado, semejantes coincidencias eran de antemano previsibles, y probablemente otras muchas, dado el común género literario. Se trata de libros de ascética cristiana y la carencia de originalidad temática hay que darla por descontada pero ello sin mengua alguna de los valores del texto. El argumento fundamental es por fuerza siempre el mismo: el menosprecio de este mundo y la sobreestimación de la futura vida eterna. Y es también obligado, una vez establecida la tradición en el género, que las autoridades se reiteren, y aun los razonamientos de cada autor han de resultar parejos. El acierto del escritor, el valor de cada libro, al estar dedicado a un diverso público circunstancialmente determinado, residirá en la eficacia de su exposición y trama, y en la fuerza persuasiva que logre con esos idénticos principios en el ánimo de sus distintos lectores. Y para conseguir ese objetivo, lo que se precisa es que el autor repiense personalmente, en su hora y para

⁵ Debo confesar que mi trato con el *Guero* es menos azaroso que el de los otros textos ascéticos editados por Theobaldum Paganum. Don Pedro Sainz Rodríguez, director de la colección «Espirituales españoles», en la que el *Guero* se ha reimpresso, ha tenido la gentileza de regalármelo. Y, asimismo, señalarme la existencia de otro texto en que resuena la obra de obra de Segni, el Libro de miseria de homne, del siglo XIV, editada por Miguel Artigas. Y el dato de que el manuscrito de Alonsótegui está puntualmente reseñado en la Bibliografía mercedaria del P. Gumersindo Placer, tomo I, pág. 29, publicada en 1968.

su círculo, a esos tópicos inveterados, y que lo haga de tal suerte que los ofrezca como vivaces y convincentes a sus coetáneos. Si además de lograr esa adecuación tiene buena pluma, sus méritos pueden ser además sobresalientes en la literatura, aparte de en la ascética, aunque en ningún caso por su originalidad temática. Cabe presumir que si se procesasen en un ordenador todos los libros de ascética cristiana, y se cuantificasen las coincidencias y analogías éstas serían abundantísimas. Pese a ello, Miguel de Alonsótegui y Pedro de Axular seguirían siendo, en su provincia idiomática, buenos ingenios y notables escritores pues, en efecto, para sí mismos y para su previsible clientela, revivieron con acierto el tema y lo supieron exponer con las formas expresivas y sugerentes que podían atraer a sus particulares lectores.

Con las coincidencias referidas no creo hacer, como temía Urquijo, una labor que se pueda juzgar «demoledora». Su «decepción» revela cierto provincianismo. No sólo porque lo señalado es sólo una pista cuyos alcances habría que comprobar paciente-mente en su detalle, sino porque el prurito de originalidad no es tampoco la tónica de nuestros días. Reconocer las fuentes de un autor, aparte sus méritos incuestionables, parecerá hoy, más bien, contribuir a su desmitificación, es decir, a una mejor comprensión de su obra.

III. Vascuence y espontaneidad

Don Julio de Urquijo comunicó a R. M. de Azcue su sospecha de la falta de originalidad del *Guero*, y cuenta que obtuvo esta respuesta: Si así fuese «lejos de disminuir mi admiración por Axular, aumentaría, porque necesitó, a mi juicio, mayor dominio de la lengua para traducirlo, que para escribirlo espontáneamente» (p. 6). La cuestión apuntada es sumamente compleja pero de viva actualidad, por ello me arriesgo a decir algo sobre el tema.

La traducción castellana del fragmento del *Guero* que reproduce Urquijo, en sus páginas antes citadas, es de Campiñón y de muy penosa lectura, presumo que por escrúpulo de literalidad. La de Villasante, por el contrario, se deja leer —en una primera impresión, a través de unas cuantas páginas— como un texto —bien escrito— de nuestros días. Yo hubiera preferido que la peculiaridad del vascuence original se hiciera perceptible y que la prosa de la versión castellana recordase un tanto a la del tiempo de su original para, de esa suerte, llevarnos a nosotros hacia Axular. Pero reconozco que este modo de crítica, el cotejar un resultado ajeno con una intención propia mas a él extraña, es el frecuente modo de ser inoportuno. Pues es obvio que lo que Villasante se propone y efectúa es, por el contrario, actualizar el *Guero*, traerlo al presente. Así, el vascuence del original, que responde al dialecto labortano, se ha refundido conforme a la reciente ortografía unificada que la Academia de la Lengua Vasca quisiera establecer en todo el territorio vascongado para —según afirma Villasante— «que el libro resulte más asequible y digerible para el lector vasco actual» (p. 31). Y presumo que en su traducción ha predominado el mismo propósito. Medido con este criterio el resultado parece excelente.

Pero volvamos a lo que Azcue dice. Temo que afirmar que se requiere mayor dominio en una lengua para verter a ella ciertos pensamientos ajenos que para pensarlos espontáneamente, delata excesiva abstracción. La posibilidad de pensar en una lengua ciertos pensamientos sólo es real cuando, de hecho, han sido en ella pensados. Por la potísima razón de que una lengua no es un teórico principio sino un pragmático resultado. Es la acción inventiva del singular hombre creador la que con sus efectivas realizaciones produce las sólo posteriores posibilidades accesibles luego a los demás. Como afirmaba en 1921 Ramón Menéndez Pidal, en la Sociedad de Estudios Vascos bilbaína, «Un idioma no es, fundamentalmente, como tantas veces se dijo, la expresión del genio, índole o alma del pueblo que lo habla [sino] un reflejo del desarrollo intelectual del pueblo que lo habla». (*En torno a la lengua vasca*. Buenos Aires 1962, p. 14).

Temo que el complejo de frustración que el euscaldún suele experimentar ante la exigüidad de sus frutos literarios, puede perturbar esta cuestión que es de la mayor importancia para el futuro de nuestro pueblo. Para modificar a la realidad, sin alterarla negativamente, es indispensable partir de aceptarla como es. Ahora bien, ¿cómo ha sido el vascuence? Al comienzo de su libro, Axular escribe un prólogo «Al lector» dedicado precisamente a resaltar la diversidad de los vascongados todos en leyes, costumbres, modos de hablar y —lo que a menos afecta— de escribir y por tanto de leer (sabido es que el *Guero*, ahora por primera vez vertido al español ya lo ha sido al dialecto guipuzcoano y al vizcaíno). Y concluye que si en vascuence hay menos libros que en otras lenguas «los euscaldunes son los que tienen la culpa, y no el vascuence». Lo cual me parece evidente pero es, a la vez, algo injusto. Pues ocurre que el vascuence no ha sido un idioma oficial, de una administración o un Estado, y aun ni siquiera *una* lengua sino varios dialectos afines pero sin *koimé*, sin vigente instancia común. Por ello su vida histórica ha transcurrido recluida en una comunicación sólo dialectal, y reducida a un ámbito doméstico, de vida íntima y relación poco más que privada. Y además, en buena parte de los euscaldunes no como una lengua a la que se agrega luego otra de mayor radio, sino como modo único de verbalizar su clausurada experiencia del mundo. Las gentes de Euzkalerria, erdeldunes y euscaldunes, han realizado en la historia bastantes hazañas y de muy variado porte pero el hecho es que con y en el vascuence han hecho muy poco. Al cabo de cientos de años, una creación literaria como el *Guero*, al decir de los expertos, no se ha repetido.

Pero —y ésta es la actualidad de la cuestión— esa singular historia concluye. Por la presión de la envolvente dinámica social de la vida española, el aislamiento y el ruralismo, con cuanto comportan de benéfico y de nocivo, han llegado a su término y el destino del País, en lo que cabe, se va a reiniciar de nuevo. Unamuno significó una actitud ante el problema concreto de la lengua: aceptar la extinción del vascuence, relegarlo al museo y la etnografía, pedir unos dignos funerales y hacer su propia obra en castellano, es decir, en el español de todos los hispanófonos. Hay que reconocer que su decisión estuvo personalmente justificada y que, sobre todo, no podía hacer otra cosa. ¿Acaso tenía interlocutores —dato para él decisivo— para la enorme obra suya de la que se sentía capaz, entre los euscaldunes? Pero, ciertamente, cabe la resolución opuesta, el intento de hacer converger a los dialectos en un solo idioma que pueda llegar a ser un vehículo de cultura a nivel de los tiempos actuales, por difícilísima que sea la em-

presa. Refiriéndome precisamente al tema y al ejemplo de Unamuno aludí, en otra ocasión, al ejemplo de Israel con el hebreo, que «obliga a reconocer que lo imprevisible a veces ocurre, y que decisiones irrazonables, a veces, renuevan el curso de la historia» (*La tentación política*. Madrid 1970, p. 168). Lo cierto es que la violenta persecución del vascuence durante largos años ha provocado una contraria onda expansiva. Y, por estas fechas, el propósito en marcha no es el proteger al vascuence sino el de expandirlo, aunque ello sea sobremanera mucho más arduo que en el caso del hebreo, pues no se trata de revivir una lengua muerta sino de, en buena parte, formarla de nueva planta. Y presumo que los objetivos actualizadores de Villasante hay que vincularlos a ese proyecto. Las atinadas censuras que el propio Villasante dirige en su *Historia de la literatura vasca* (Bilbao 1961) a los aranistas y a otros excesos de un arbitristo formalista, acreditan su cooperación en la arriesgada aventura.

Me parece indudable que, en el momento actual, para evitar que el vascuence se convierta en una lengua muerta, algún ambicioso proyecto es tan imperioso como inaplazable. En definitiva, su logro dependerá del azar, es decir, de que algunos euscaldunes tengan cosas que decir y se empeñen en hacerlo a través de esa lengua, ensanchándola y enriqueciéndola pero porque habitan y piensan desde dentro de ella —lo que Unamuno consideraba ya imposible—, tarea de recreación que en otras lenguas ha sido siempre labor de poetas y pensadores (la breve pero admirable obra de Lizardi —*Biotz-Begietan*, Bilbao 1932— y la de Orixe —*Barne-Muinetan*, Zarauz 1934—, ambas en edición bilingüe, son ya un testimonio valioso). ¿Por qué no esperar que así ocurra?

Pero a la vez, para la sociedad vasconavarra, los riesgos son probables y previsibles. En la crítica trayectoria política que se inicia, el vascuence no debe convertirse en un factor más de discordia, que como el *chibolete* bíblico separe a los «hispcaldunes» de los euscaldunes (sabido es que si bien los primeros son en el conjunto gran mayoría ocurre lo inverso en ciertos lugares), pues son ambos no menos vascos unos que otros: el «hecho vasco» —que es, ciertamente, un dato considerable en la historia de España— les pertenece en proindiviso; y la identidad vasca que, a mi juicio, es también un hecho —aunque todavía no conceptualizado— no depende del vascuence (en el ensayo «La unidad del País Vasco», reimpresso en mi antes citado libro, abordo la cuestión). Además, en los pasados decenios se han afincado en el País Vasco numerosos emigrantes de otras regiones españolas. Por tanto, el bilingüismo se tiene que establecer mediante un mutuo respeto y, a mi juicio, sólo en el grado y medida en que la población euscalduna de una comarca lo solicite. Pienso que esta fórmula restrictiva, partir del *hecho* lingüístico, sería, en el momento actual, paradójicamente, un estímulo en la propagación del vascuence, un factor operativo para la clarificación de voluntades, y que, sobre todo, eliminaría la tentación de adelantarse y legislar en vacío, quiero decir, de suponer una irreal abstracción —el uso generalizado del vascuence (¿de los dialectos?, ¿del «común» académico?)— como antes se impuso, por opuestas razones igualmente «políticas», la otra utopía, es decir, el suponer su inexistencia. En suma, lo que pretendo subrayar es el hecho de que la lengua de un pueblo es una realidad demasiado importante para que la decidan los lingüistas o imprudentes políticos que carecen de perspectiva histórica. Y que su nivel radical, pese a lo dicho por Azcue, es, precisamente, el de la *espontaneidad*. Es pues necesario que los gramáticos, los educadores y maestros que animan

el proyecto tengan, además del ardor necesario para su difícil tarea, la conciencia de que operan con el más delicado e inflamable de los elementos que configuran la vida colectiva de un pueblo: el de su lengua de relación consigo mismo.

El ejemplo sideral que Goethe propone: caminar «sin prisa y sin pausa, / como la estrella», es demasiado infrecuente en las empresas humanas, mas por ello mismo merece intentarse su cumplimiento. No se trata de fabricar un *volapük* o un esperanto, en académicas tertulias, sino de lograr que el viejo rescoldo se avive, que germine de nuevo la raíz, y que lo haga del único modo fecundo en que ello puede lograrse: *espontáneamente*. Todos los educadores sabemos que la espontaneidad —lo más valioso por ser lo más fecundo— puede favorecerse y aun provocarse, si se tiene el exquisito cuidado de practicar la «no imposición». Que se respete de una vez —por primera vez— lo que el pueblo quiera. Para ello es indispensable que se le dé la ocasión de, sin imposición y libremente, decirlo por sí mismo.⁶

Paulino Garagorri

⁶ *Sobre la actualidad e inactualidad de los juicios de Unamuno sobre el tema véase el ensayo «El vasco Unamuno» incluido en mi libro Introducción a Miguel de Unamuno (El desnacer y la feliz incertidumbre), Madrid 1986; pp. 123 y ss.*